**Domingo 3º de Cuaresma B (04.03.2018): Juan 2,13-25.**

***“Destruid este -todo- Santuario…”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Tercer domingo de la Cuaresma y nos despedimos de leer el Evangelio de Marcos hasta… Los planes de la Cuaresma católica no estaban previstos por este Evangelista. Ignoro las razones de los maestros vaticanos, pero creo que les importa más su liturgia cuaresmal que el aprender a leer el llamado Evangelio de Marcos y tratar de conocer su mensaje sobre la experiencia de Jesús de Nazaret. De buenas a primeras, ahora se nos propone la lectura de Juan 2,13-25.

Muchos traductores del Evangelio de Juan titulan este relato de forma muy dulcificada e intencionadamente sesgada. Estos títulos destacados en negrita no pertenecen a la redacción de su autor original. Leo en la ‘Biblia de Jerusalén’ la expresión ‘La purificación del templo’. Y leo explícitamente en este relato: *‘Destruid este Santuario’.* Destruir, dice Juan, no purificar.

Y este Jesús de Juan se atreve a presentarse ya en Jerusalén, desde el comienzo de su evangelización, como ‘el Santuario’. Y, como dirá también en el cuarto capítulo, es Santuario la persona de la mujer de Samaría. Y… ¡Santuario es cada persona, sea de la piel que sea! Fuera de cada persona no existe otro Santuario del Dios en quien cree este Jesús.

Este relato de Juan comienza así: ‘*Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén’* (2,13). Pero en esta ocasión, Jesús no subió solo. Desde el acontecimiento, fuera como fuese, de Caná de Galilea, Jesús anda acompañado de sus seguidores (masculino y femenino). Y con ellos hace el camino desde Caná en la Galilea del norte, hasta Jerusalén en la Judea del sur.

En los tres Evangelios sinópticos, esta subida de Jesús a Jerusalén en los días de la fiesta de la Pascua sucedió en la última semana de su vida. Según este último de los cuatro Evangelios, el anuncio de la destrucción del corrompido y deshumanizador Templo de Jerusalén se produce en los comienzos de su misión, justamente después de haber manifestado públicamente su primer signo o señal, el de Caná (2,1-12) y antes de que se manifieste el segundo (4,41-54).

Me sorprende escuchar y meditar estas palabras de la narración: *“Encontró en el Templo a los vendedores… Y dijo a los que vendían palomas: Quitad esto de aquí. Vosotros estáis haciendo de esta Casa un Mercado”* (2, 14-16). Desde que Salomón construyó este Templo de Jerusalén, y se comenzó a ofrecer sacrificios a Yavé Dios por sus sacerdotes, hasta esta llegada de Jesús de Nazaret han pasado más de novecientos años. El Templo se ha institucionalizado.

Leo y contemplo: han sido más de nueve siglos de tradición religiosa judía, sacerdotal y popular, que otro judío, laico y de Galilea, Jesús de Nazaret ha decidido echarse a las espaldas sabiendo que su vida será destruida con el solo anuncio de la destrucción de este templo. Es más. Denuncias como ésta están presentes en profetas como Isaías (1,11-17), Miqueas (3,8-12), Jeremías (26)… ¿Tan irresponsable fue este laico Jesús? ¡Tan atrevido y…!

 Más que atrevido, ¡tan humano, por denunciar el vacío esclavizador de una religión que se creía inaugurada por Moisés y su Dios Yavé! Este Jesús de Nazaret aprendió sin duda de Natán, el profeta, que impidió a David y a sus deseos crearse un Santuario para su Dios (2Samuel 7).

**Domingo 14º de Lucas (04.03.2018): Lucas 4,31-44**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

El narrador Lucas cuenta que Jesús estuvo a punto de ser despeñado en Nazaret por haber evangelizado un sábado en su sinagoga (4,14-30) e inmediatamente nos cuenta que: *“Bajó a Cafarnaún, ciudad de Galilea, y los sábados les enseñaba… con autoridad… Y su fama se extendió por todos los lugares de la región”* (Lc 4,31-37).

¿Qué ha enseñado ese sábado y en esa sinagoga? Enseñó a tapar la boca a cuantos se creían tener autoridad para enseñar ahí y en sábado. Por eso dijo a cada uno de ellos: “*Cállate y sal de aquí”*. Aquella sinagoga estaba endemoniada, por haberla endemoniado cuantos ahí enseñaban. En esta sinagoga se enseñaba a leer la Ley de Moisés y el mensaje de los Profetas de una manera, y Jesús lo enseña a leer de manera muy distinta como así lo había hecho recientemente en Nazaret.

*“Al salir de la sinagoga, entró en casa de Simón. Su suegra estaba con fiebre… se inclinó sobre ella…”* (Lc 4,38-39). Una mujer está enferma y en su casa. Y está apartada para no contaminar la enfermedad de la fiebre y para no contagiar la enfermedad del pecado. Toda enfermedad no es otra cosa que un castigo por un pecado, así se enseñaba en la Sinagoga y en la Ley. Y así lo denuncia Jesús con el solo gesto de inclinarse, tocarla, abrazarla y hablarla. ¿Quién lo había hecho así hasta entonces y en esa casa?

Parece que esta manera de actuar de Jesús provoca reacciones distintas entre quienes le acompañan y le observan hablar y hacer de aquella manera tan sorprendente y nueva. Unos se acercan a él para tocarle y sentirse tocados, porque así es como llegan a saberse curados de la enfermedad del miedo por creerse y sentirse castigados. Otros, en cambio, desearían divinizar a este Jesús de Nazaret, endiosarlo y proclamarlo ‘su Mesías’ todopoderoso (Lc 4,40-41).

Pero él, Jesús de Nazaret, dice este Evangelista: *“Al amanecer salió de allí y se marchó a un lugar apartado. Y la gente le anduvo buscando… para retenerlo y que se quedara con ellos…”* (Lc 4,42-44). Y al leer despacio y con criterio estas actitudes tan naturales no puedo dejar de recordar las tres tentaciones que el Evangelista contó al comienzo de su cuarto capítulo. El proceder de estas gentes es semejante al proceder del tentador Satán.

No he venido a ser el Mesías del poder, del tener y del placer de ostentar, rezar y mandar. *“He venido a anunciar el Evangelio del Reino de Dios”* (Lc 4,43). He venido a compartir la buena noticia de la convivencia que nace del servir, del ponerse a la altura de quien está más abajo y es más débil, para aprender juntos a levantarnos, curarnos, tocarnos, abrazarnos, enseñarnos, compartirnos… ¡Qué bien lo aprendió a expresar la abrazada suegra de Pedro! (Lc 4,39).

Ésta es la misión de este Jesús del Evangelista Lucas: **Evangelizar**, de sinagoga en sinagoga no sólo por Galilea (4,14), también por Judea (4,44). Más. Esta buena noticia del Evangelio del Reino la anunciará también este Jesús de Nazaret en Samaría, la región hóstil y pagana, hasta acabar de romper todo esquema de credos y creencias con la parábola de ‘El samaritano bueno’ por haber decido él tocar, levantar y acompañar, al herido abandonado (Lc 10,25-37).